

El diablo del totalitarismo

Posted on 17 de marzo de 2016 by Stanley G. Payne

La Unión Soviética y el Tercer Reich fueron los dos grandes adversarios de la Segunda Guerra Mundial en Europa. La mayoría de las bajas militares en ese conflicto se produjeron en el curso del titánico enfrentamiento entre ambos. Entre 1923 y 1939, y posteriormente de nuevo a partir del 22 de junio de 1941 y hasta el final de su existencia, la Unión Soviética se envolvió en la bandera del «antifascismo», una posición muy rentable que, como han señalado François Furet y otros, le granjeó el apoyo en todo el mundo de muchos no comunistas que, de lo contrario, se habrían sentido repelidos por las sórdidas realidades del sovietismo.

Sin embargo, las cosas no fueron siempre así. Desde agosto de 1939 hasta junio de 1941, durante el período del pacto nazi-soviético, Berlín y Moscú fueron socios y aliados virtuales, dividiéndose entre ellos gran parte de Europa Oriental. De todas las «guerras paralelas» de la Segunda Guerra Mundial, la única que reportó unos beneficios duraderos para el agresor fue la librada por Stalin durante 1939-1940, ya que todos los amplios territorios que hizo suyos fueron retenidos por la Unión Soviética en el cínico acuerdo *de facto* suscrito tras la guerra en 1945. Además, durante la época del pacto, Stalin insistió a sus socios en que necesitaban adoptar una «nueva manera de pensar» a fin de comprender cómo habían cambiado la táctica y la expansión soviéticas a partir de su condición de socio de Hitler. Hasta cierto

punto, alineó la expansión soviética que llevó a cabo por medio de las conquistas militares con las políticas que perseguía Hitler, aunque no hubo nunca ningún desarrollo teórico soviético de esta «nueva manera de pensar». La única consecuencia duradera fue que, en la práctica, la expansión del comunismo se basaría a partir de entonces más en la violencia armada desde fuera que en la subversión política desde dentro.

Aunque, durante la mayor parte de su historia, el Estado soviético se presentó a sí mismo como la antítesis absoluta tanto del fascismo como del nazismo, algunos observadores repararon enseguida en la existencia de semejanzas evidentes entre los nuevos regímenes revolucionarios poco después del establecimiento del sistema fascista italiano en la década de 1920, y más incluso tras la formación del régimen de Hitler en 1933. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, el análisis comparativo de los dos tipos de sistemas pasó a quedar cada vez más subsumido bajo el epígrafe común de totalitarismo, el término desarrollado por el régimen italiano pero nunca utilizado ni en la Alemania nazi ni en la Unión Soviética. Desde mediados del siglo XIX se ha desarrollado todo un corpus de literatura sobre las semejanzas entre el fascismo y el comunismo o, más estrictamente, entre el fascismo y el sovietismo. El nuevo estudio de Vladimir Tism?neanu ocupa, así pues, su lugar entre lo que se ha convertido en un género muy extendido de análisis político.

Tism?neanu es un prolífico científico político de la Universidad de Maryland que está especializado en el estudio de la Europa Oriental comunista, especialmente Rumanía, y en el análisis de la ideología comunista. Tiene también una conexión especial con España, ya que sus padres se conocieron en este país como participantes en las Brigadas Internacionales, su madre como enfermera y su padre como soldado voluntario, lo cual le hizo perder un brazo en la contienda. Nacido en Rumanía en 1951, Tism?neanu se crió inicialmente como un devoto marxista-leninista antes de que empezaran a surgirle dudas en sus años de estudiante. La oportunidad de desertar se le presentó en España en 1981, cuando pudo acompañar a su madre a Madrid, donde había sido invitada como uno de los «luchadores por la democracia», tal y como fueron definidos eufemísticamente los brigadistas por el Gobierno español.

La carrera de Tism?neanu queda bien resumida en un «Epílogo» del presente volumen, preparado por su traductor, Francisco J. Contreras. Es reconocido por todos como el autor del mejor estudio existente en un solo volumen sobre el comunismo rumano durante el régimen de Nicolae Ceau?escu, y ha escrito una serie de libros sobre ideología y comunismo en Europa Oriental tanto antes como después de la caída de la Unión Soviética.

En la presente obra adopta la rúbrica del totalitarismo para la relación genérica entre comunismo y fascismo, pero su objetivo primordial no es la historia detallada o el análisis

específico de estructuras de los distintos regímenes. Tism?neanu es un estudioso de la ideología y, en cierta medida, de la política. El tema del totalitarismo en general no es objeto de una atención concentrada, ni tampoco aborda el problema del fascismo genérico. En relación con este último, se refiere únicamente a los dos principales regímenes en Italia y Alemania, al tiempo que reconoce que existieron diferencias significativas entre ellos. Para tratamientos que son menos conceptuales en su enfoque pero más sistemáticamente analíticos, el lector puede consultar los libros de Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism. Stalinism and Nazism Compared* (Cambridge, Cambridge University press, 2009) y Juan José Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes* (Boulder, Lynne Rienner, 2000; edición española contenida en el tercer volumen de sus *Obras escogidas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009).

El título del libro procede de la observación realizada por el ya fallecido filósofo polaco Leszek Ko?akowski, según el cual «el diablo se encarnó en la Historia» con la formación de los grandes regímenes totalitarios en Europa durante la primera mitad del siglo XX. Su objetivo es interrogarles en relación con sus fuentes, doctrinas y prácticas principales. A la vista de la montaña de literatura que se ha generado sobre este tema durante los últimos noventa años, la principal pregunta que planteará un lector es qué tiene de diferente o único el tratamiento ofrecido por Tism?neanu. La respuesta es que realmente no mucho, ya que el texto consta de análisis generales carentes de nuevos datos o investigación. Así, en la primera parte del libro simplemente da vueltas en torno a las ideas y conclusiones habituales. La parte más original es la segunda mitad, que se ocupa de un problema diferente: el declive del marxismo-leninismo al final del período soviético y los problemas de la democracia y de los residuos comunistas en el mundo poscomunista de Europa Oriental. En muchos sentidos, por tanto, este libro consiste en una recapitulación de una buena parte del trabajo llevado a cabo por este autor durante su vida y que ha girado en torno a todos estos temas.

No hay nada de especialmente personal en el modo en que Tism?neanu identifica los elementos comunes entre comunismo y fascismo, situando a ambos entre esquemas similares de una «revolución continuada» basada en una ideología utópica que niega la individualidad de la persona, reduciendo todo el poder y la moralidad a la del Estado y la colectividad, lo que acaba dando lugar en última instancia a la práctica del genocidio y a la creación de un universo de campos de concentración. Ambas doctrinas definieron la libertad exclusivamente en términos de unidad.

Sitúa de forma convincente las fuentes del marxismo-leninismo en el desarrollo de algunos de los aspectos más siniestros y destructivos de la Ilustración del siglo XVIII y de la Revolución francesa, aunque comete el error habitual de pensar que el fascismo fue muy diferente debido a su negación total de la Ilustración. El autor reconoce que el marxismo y el

leninismo no eran en absoluto idénticos, pero realiza una poderosa defensa de la proposición según la cual gran parte del leninismo se derivó del marxismo clásico.

Tism?neanu acepta que el concepto de «religión política» se aplique a estos regímenes en términos de sus «creencias, rituales y símbolos». Cita aprobatoriamente al psicoanalista junguiano Anthony Stevens, que concluyó que «el nazismo tuvo su mesías (Hitler), su libro sagrado (*Mein Kampf*), su cruz (la *swastika*), sus procesiones religiosas (el desfile de Núremberg), su ritual (el desfile conmemorativo del *Putsch* de la cervecería), su elite ungida (las SS), sus himnos (el *Horst Wessel Lied*), su excomunión para los herejes (los campos de concentración), sus demonios (los judíos), su promesa milenaria (el Reich de los Mil Años) y su Tierra Prometida (el Este)». Y afirma que buena parte de lo mismo podría predicarse del comunismo.

Prefiere, sin embargo, el uso del concepto de totalitarismo, ya que este término «subraya la modernidad de los fenómenos, sobre todo de las técnicas de poder, mientras que "religión política" centra la atención en una perspectiva a largo plazo y en el sedimento histórico y la reutilización moderna de una cultura religiosa con fines políticos». Tism?neanu no niega sus aspectos atávicos, que resultan muy evidentes en el fascismo, pero que, a la larga, son igualmente importantes en el comunismo. Esto resultó más evidente en el sovietismo tras la desaparición de su generación revolucionaria inicial, cuando «el estalinismo hablaba de modernización pero practicaba el neotradicionalismo» cada vez más.

El nazismo infligió el genocidio a los judíos, eslavos y gitanos, mientras que la Unión Soviética practicó el «sociocidio» sobre clases sociales enteras y, en los últimos años de Stalin, adoptó una forma cada vez más severa de antisemitismo. (Tism?neanu se olvida de añadir que en el Gran Terror de 1937-1938, cuando casi ochocientas mil personas fueron ejecutadas en dos años, las víctimas fueron seleccionadas de una manera desproporcionada de entre algunas minorías nacionales como polacos, finlandeses y coreanos, porque Stalin consideraba que constituían un mayor riesgo para la seguridad.) Incluso más tarde, una suerte de «autogenocidio» nacional, que exterminó a alrededor de un quince por ciento de toda la población, fue la principal iniciativa de la revolución impuesta por el efímero régimen comunista en Camboya.

Tism?neanu no pretende nunca que el fascismo y el comunismo sean exactamente la misma cosa, pero insiste en que revelan características similares a un nivel general de análisis. No niega ciertas diferencias fundamentales. El sovietismo duró setenta y cuatro años (en términos españoles, aproximadamente la vida adulta de Dolores Ibárruri, una ardiente estalinista, que murió tan solo pocos años antes de su desaparición), mientras que el Tercer Reich perduró únicamente doce años, menos de una sola generación. Aunque ambos

regímenes fueron «ideocracias», Lenin creó la institución del partido revolucionario como vanguardia política y conquistadora, mientras que el partido, aunque importante, no fue nunca tan dominante en los regímenes fascistas. Lenin consiguió imbuir al Partido Comunista de una especie de perdurable «carisma impersonal» que se prolongó más allá de su propia vida y que se vio expandido por Stalin, convirtiéndose en un importante instrumento revolucionario en países extraordinariamente diferentes por todo el mundo. En la Alemania nazi, por contraste, el carisma tenía su origen abrumadoramente en el propio Führer.

La doctrina fascista se basaba en la etnicidad y, en Alemania, en un peculiar concepto de raza, mientras que la doctrina comunista aspiraba a una mayor universalidad. En la práctica, sin embargo, el comunismo también pasó a resaltar cada vez más el nacionalismo, por lo que algunos sistemas comunistas se convirtieron explícitamente en regímenes «comunistas nacionales». Además, el autor concluye que una importante característica de Stalin fue intentar conseguir «una síntesis de nación y clase», dada la determinación soviética de borrar todas las diferencias de clase entre el «pueblo», al tiempo que luego seguía definiendo todos los pueblos que integraban el país en términos de sus identidades nacionales.

Tism?neanu también distingue entre las fuentes del comunismo y el fascismo, como se ha indicado más arriba, por el rechazo fascista de la Ilustración del siglo XVIII, aunque en este aspecto exagera. Gran parte de su libro se basa en una bibliografía secundaria muy amplia pero, tras hacer frente a una literatura tan copiosa, pasa por alto inevitablemente ciertas cosas, ignorando una obra discrepante como la de Lawrence Birken, *Hitler as Philosophe. Remnants of the Enlightenment in National Socialism* (Westport, Praeger, 1995). De hecho, como señaló el fascista francés Marcel Déat en 1943, muchas de las ideas políticas de Hitler tenían su origen en la Ilustración, basadas como estaban en la perspectiva moderna del naturalismo pseudocientífico. Entre ellas figuraban el concepto de la nación como una fuerza política superior, la noción de la soberanía política dominante derivada de la voluntad general del pueblo, y la idea de las diferencias raciales inherentes, que se encuentran por primera vez plenamente desarrolladas en el siglo XVIII. Se trataba de claros derivados de la antropología de la Ilustración, que rechazaba la teología tradicional de las raíces comunes y los intereses trascendentes de la humanidad. La distinción entre sectores «productivos» e «improductivos» fue característica del pensamiento dieciochesco, aunque el blanco fue entonces el clero más que los judíos. El culto moderno de la voluntad surge inicialmente de la Ilustración (*la volonté une*) y Hitler no hizo más que llevarlo hasta un extremo. El concepto básico de nacionalsocialismo como la «voluntad de crear un hombre nuevo» fue sólo posible dentro de la perspectiva del pensamiento del siglo XVIII. Lo mismo puede predicarse de la búsqueda nazi de una autonomía extrema y una libertad radical de preceptos y limitaciones anteriores. Hitler llevó el objetivo modernista, posterior a la Ilustración, de romper los límites

y sentar nuevos niveles hasta un grado igualado únicamente por la Unión Soviética. Y es que en ningún otro movimiento, exceptuado el comunismo, dominó en mayor medida la doctrina ilustrada del hombre solo como la medida de todas las cosas.

La relación antitética del fascismo con la Ilustración fue, por tanto, selectiva. Todo fascismo rechazaba el mero radicalismo, materialismo e igualitarismo, pero aceptaba muchos de los elementos elitistas y voluntaristas de la Ilustración. Más de unos pocos filósofos del siglo XVIII reclamaron la igualdad social al tiempo que definían la desigualdad biológica, y esta última fue el aspecto heredado por Hitler.

Tism?neanu se interesa en última instancia por las doctrinas, la práctica y los problemas del comunismo, a los que dedica el grueso de su atención. No tiene nada nuevo que ofrecer al análisis del leninismo y el estalinismo clásicos. Rechaza convincentemente la tendencia de algunos a diferenciar entre autoritarismo leninista y totalitarismo estalinista, encontrando casi todas las principales características del segundo bien explícitas o implícitas en el primero. Tism?neanu subraya el éxito único del marxismo-leninismo como una doctrina y un movimiento explícitos en países extraordinariamente diversos y en partes muy diferentes del mundo, debido a los aspectos universalistas de su religión política y al «carisma impersonal» del partido revolucionario.

Un problema esencial es la relación entre comunismo y Rusia, donde surgió el sistema marxista-leninista. Para rusos anticomunistas y patrióticos como Aleksandr Solzhenitsyn, el comunismo era una doctrina occidental del marxismo revolucionario importada del exterior. Aunque esto, en su sentido estricto, es correcto –defiende Tism?neanu de forma convincente, como han hecho muchos otros–, ese bolchevismo, la forma fundacional del marxismo-leninismo, sólo podría haberse originado en Rusia. No resulta realmente imaginable que una doctrina así pudiese haber tenido su nacimiento en, por ejemplo, Polonia, España o Rumanía. Más tarde se copió profusamente en diferentes partes del mundo, pero difícilmente puede imaginarse su nacimiento en otro lugar que no sea Rusia entre 1902 y 1907, surgiendo del conocido como «jacobinismo ruso», el notorio maximalismo de la *intelligentsia* política rusa, en una época de cambios tumultuosos y modernización dentro de una sociedad cuyas tradiciones eran al mismo tiempo enormemente autoritarias y colectivistas.

El cuarto capítulo, que abre la segunda mitad del libro, trata del comienzo del declive de la fe en la doctrina soviética, que fue abriéndose paso lentamente tras las revelaciones de Jrushchov en 1956. Se centra en los *shestidesiátniki* soviéticos, los nuevos reformistas marxistas de los años sesenta, teóricos que perseguían humanizar la doctrina y dar forma a un «marxismo de rostro humano». El bloque soviético entró en una fase de lo que ha sido bautizado como el «postotalitarismo», un bloque de regímenes extraordinariamente

autoritarios mucho más represivos que el semipluralista sistema franquista en España, pero que no se dedicaban caprichosamente a los asesinatos masivos. Relajaron los controles hasta un cierto límite, pero los reformistas fueron reprimidos y luego vieron sus esperanzas completamente hechas añicos por la reinvasión de Checoslovaquia en 1968, que se vio seguida de una nueva ofensiva. En los años setenta ya habían dado paso a reducidos números de «disidentes» que no tenían ninguna esperanza de reformar el marxismo-leninismo, pero que pusieron el énfasis en los derechos humanos y en la necesidad de que se produjera un cambio fundamental.

Las últimas ciento cincuenta páginas del libro se dedican primero a Gorbachov y a la caída de la Unión Soviética, y luego a las principales características y a los problemas políticos de los regímenes democráticos y no democráticos que los sustituyeron. Este último es uno de los principales ámbitos de especialización de Tism?neanu y es un tema que se trata en cierto detalle, aunque la perspectiva que se ofrece es con frecuencia bastante sombría. Resalta la importancia de la incorporación relativamente rápida de la mayoría de los Estados excomunistas de nuevo independientes a la Unión Europea y a la OTAN, reforzando con ello el compromiso con la democracia.

Este libro es, por regla general, sólido y preciso, esbozando los principales argumentos y las interpretaciones de ideologías y sistemas con los que el autor se encuentra plenamente familiarizado. Es convincente a grandes líneas, pero sus principales tesis apenas tienen nada de original. La estructura es sorprendentemente circular y repetitiva, remitiéndose con frecuencia a temas ya tratados, examinándolos una y otra vez en un lenguaje que sólo es ligeramente diferente del utilizado en páginas anteriores. La parte más débil consiste en algunas de las referencias al fascismo, un interés completamente secundario del autor, sobre el que sabe considerablemente menos que sobre el marxismo-leninismo y los sistemas comunistas. Los lectores informados encontrarán aquí muy pocas cosas nuevas, aunque lo cierto es que sí constituye un manual solvente sobre el marxismo-leninismo y sobre el sovietismo para los no iniciados en estos temas.

Stanley Payne es historiador y catedrático emérito en la Universidad de Wisconsin-Madison. Sus últimos libros publicados son *¿Por qué la República perdió la guerra?* (trad. de José Calles, Madrid, Espasa, 2011), *Civil War in Europe, 1905-1949* (Nueva York, Cambridge University Press, 2011); *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*; trad. de Jesús Cuéllar, Madrid, Temas de Hoy, 2011) y, con Jesús Palacios, *Franco. Una biografía personal y política* (Madrid, Espasa Calpe, 2014).

Traducción de Luis Gago
Este ensayo ha sido escrito por Stanley Payne

especialmente para *Revista de Libros*

Autor: Vladimir Tism?neanu

Edicion: Barcelona, Stella Maris, 2015

Paginas: 4047 pp. 19 €

Titulo: El diablo en la historia